Homenaje Nacional

al Doctor Don

Feliciano Viera

Marzo 1919.



Homenaje Nacional

Al Dootor Don

Feliciano Viera

Marzo 1919.

El Comité Ejecutivo Nacional de Homenaje al Dr. D. Feliciano Viera dispuso la publicación de este folleto, que contiene la información más saliente relativa a los distintos actos celebrados en honor del ex-Presidente de la República.

Homenaje nacional, resonante y consagrador, expresión la más alta, de la voluntad del país, representado en sus mayores valores — intelectuales y económicos — la noticia del gran movimiento de opinión, en torno a la personalidad del Dr. Viera, debe perdurar como una prestigiosa sanción popular.

Por ésto mismo se acordó su publicación.

DISCURSO DEL DR. JOSÉ P. ESPALTER AL CONSTITUIRSE EL COMITÉ NACIONAL DE HOMENAJE AL DR. FELICIANO VIERA

Señores:

Las ocupaciones tan diversas de las personas que componen esta asamblea, dicen mejor que podría decirlo yo, cual es el propósito que nos reune. Veo hombres políticos, hombres de letras, hombres de ciencia, entre los cuales debía estar el doctor Soca, que debía presidirnos, al cual un accidente felizmente sin gravedad se lo ha impedido, ciudadanos batalladores, militares distinguidos, representantes de la industria, del comercio y del trabajo, y este conjunto expresa el significado del homenaje que nos proponemos tributar al ciudadano, que dejará en breve, de regir los destinos del país. El homenaje que merece es un homenaje nacional, porque la obra que ha realizado, ha sido intensa y patrióticamente nacional.

Le bastaría con estos dos títulos: haber elevado y fortificado en el exterior el concepto de

la República, por su cultura y su amor al bien; y en el interior haber resuelto en la paz y la libertad, una de las crísis más graves porque ha cruzado el país, desde los días de la Independencia.

Estalló la guerra europea, y desde el primer momento se puso del lado de la justicia y del derecho. Oyó la voz del país, y tuvo la intuición plena de la realidad.

Vino la jornada electoral del 30 de Julio, y quedó planteada una situación nueva, llena de amenazas y peligros. Las fuerzas antagónicas se hallaban frente a frente, aunadas, apercibidas para la lucha, con todas las intemperancias y las injusticias de la lucha misma. Un gobernante vulgar habría perdido la orientación. Pero él no. Creyó en el patriotismo de sus conciudadanos, y no desmayó en la fé en sus ideas e ideales. Y tuvo razón.

Las ideas triunfan siempre de los golpes de la violencia y la agresión, como triunfaron nuestras ideas, en lo que tenían de permanentes y fundamentales, hasta tomar pacífica posesión de la nueva Carta Fundamental, después de una marcha difícil y accidentada, a veces retrógrada, como la marcha de un torrente, que a veces hierve sobre los peñascos, y a veces se pierde, que a veces alza el clamor de sus ondas airadas

y revueltas, y a veces calla, como si muriera en el silencio, pero al fin reaparece, en definitiva, y se desata en la cascada victoriosa.

Calmó a los exaltados y puso la llama de los entusiasmos en el corazón de los indiferentes, y encendió el fuego, a cuyo calor, los dos grandes partidos, forjaron, fuerte y bruñida como una coraza, la nueva Constitución.

Algunos de sus adversarios que entonces le tendían calurosamente la mano, han vuelto a la vieja actitud hostil, olvidando sus afanes patrióticos, pero los que vengan después, pondrán su nombre al pie de la gran obra. Sin duda escribirán otros nombres también, pero el primero será el suyo, que con la obra memorable, ha de pasar a la historia.

Yo tuve el honor de ser llamado a sus consejos como Ministro de Estado, y pude penetrar en las intimidades de su pensamiento, y puedo hablar de su integridad absoluta, de su espíritu de justicia, de su equidad, de su amor al bien. Nunca lo ví vacilar ante el cumplimiento del deber, y siempre lo ví poner á su servicio, no sólo la razón y la voluntad, sinó toda el alma, con el caudal inagotable de sus sentimientos, con la lucidez del juicio, la firmeza del carácter, y el impulso de una pasión, siempre generosa.

Es un timonel, que más allá de la bruma y

de la tormenta, descubre la estrella conductora, al mismo tiempo que sortea el escollo, y lucha contra la ola que abre un abismo a sus pies, e infunde a su alrededor, la seguridad y la confianza, con su energía y su bondad.

¿Qué más, señores? Cuidó el ejército que es el brazo armado del país, para defender su existencia y su honor. Dispensó su atención preferente á los modestos empleados de la administración, que en estos días de angustia económica, ya no podían más Y veló por el obrero, por el desheredado de la fortuna, según las inspiraciones de su ilustre antecesor, a tal punto, que siempre puso su influencia del lado de las reclamaciones del débil, sin atentar por eso contra el derecho del fuerte, sin atentar contra el capital, porque él, no ha estimulado jamás el antagonismo de clases, sinó que ansía su coexistencia armónica en la libertad en el ejercicio de todas las aptitudes, en la igualdad ante el derecho, y en la fraternidad ante todo, que integra y corona el viejo lema democrático, en la fraternidad entre los hombres, sin la cual la libertad puede entregar al débil indefenso a merced del fuerte, y la igualdad ante la ley, dejar subsistir las desigualdades irritantes de la vida, la miseria hambrienta bajo la opulencia todopoderosa, en la fraternidad lo repito, pero no como simple movi-

miento del corazón, como simple precepto moral, sinó como mandato categórico del derecho, pues debe existir entre los hombres de todo pueblo civilizado, el deber legal de ser fraternales.

Hay algo más, señores.

Abrió el paso sin recelos ni desconfianzas a una personalidad nueva, que en cinco años ha hecho la labor de cincuenta, y mira con simpatía su candidatura presidencial, que abre el alma del pueblo a todas las esperanzas.

Por todo esto, por las virtudes y el patriotismo del doctor Viera, le debemos el vivo testimonio de nuestra adhesión y reconocimiento.

Declaro abierto el acto e invito a la Asamblea a que diga lo que se haya de hacer.

Manifiesto del Comité Nacional invitando al Pueblo a acompañar al Dr. D. Feliciano Viera, con motivo de la transmisión del mando presidencial

La Comisión de Homenaje invita al pueblo de Montevideo, a reunirse en el sitio, donde el doctor Feliciano Viera deba resignar el mandato presidencial, el día 1.° de Marzo.

Debe el pueblo, en ese momento, saludar al gobernante que se retira, y acompañarlo en columna popular, ancha y entusiasta, porque desde el gobierno hizo obra nacional, e inspiró su conducta en los dictados de un corazón sencillamente republicano.

Realizó o pugnó afanosamente para realizar el programa de principios del partido a que pertenece; inició el perfeccionamiento de las leyes políticas, y dirigió con lealtad su ejecución; ensanchó la esfera de las leyes de previsión y justicia social, implantadas por su antecesor, con benevolencia para los obreros, sin lastimar por eso a los representantes del capital, factores también del bienestar nacional; manejó con absoluta

probidad los caudales de la fortuna pública; respetó el derecho de los ciudadanos y olvidó, en la designación de los cargos públicos, los ataques y las asperezas de sus adversarios.

En circunstancias difíciles, en que un gobernante vulgar habría perdido la orientación, tuvo la visión plena de la realidad. Y buscó sobre los partidos la solución salvadora, y encontró, más arriba de los antagonismos y las luchas cotidianas, el punto común de las aspiraciones definitivas, en una síntesis superior. La obra de la reforma constitucional, nacida de un avenimiento patriótico, lleva al pie nombres esclarecidos, y el primero de todos es el suyo, que con la obra memorable ha de pasar a la historia.

Pero no se agotaron en esa obra magna, sus esfuerzos patrióticos. Las elecciones políticas, posteriores a la jornada del 30 de Julio, consolidaron la acción del partido del poder, y desvanecieron todas las nubes del horizonte; y esas elecciones realizadas bajo su gobierno, alcanzaron el éxito a favor del ambiente de confianza y simpatía que difundió, en todas partes, su actitud ejemplar.

Y el impulso, que determinaba su conducta en las grandes luchas institucionales, en los conflictos entre el capital y el trabajo, en su acción por la cultura, en el orden político y en el orden

moral, lo movía en el orden de las relaciones internacionales; y no vaciló, en los días más sombríos de la guerra gigantesca que acaba de pasar, en ponerse del lado del bien, con entera confianza que el éxito ha confirmado y ha conquistado para el país, las ventajas morales y materiales de una posición excepcional.

Los correligionarios del doctor Viera le deben homenaje porque realizó los principios del partido del poder y arraigó más su fuerza en el alma nacional; y se lo deben todos los ciudadanos, todos los habitantes de la República, porque influyó, con la más alta eficacia, para resolver en la paz y la libertad, en nuevas y grandes instituciones fundamentales, una de las crísis más graves porque haya atravesado el país desde los días de la Independencia.

Nadie falte, pues, a la cita del reconocimiento nacional.

Discurso del Dr. Francisco Soca, Presidente del Comité Ejecutivo, ofreciendo el gran banquete efectuado en el Parque Hotel el 29 de marzo de 1919

Doctor Viera:

Vuestros amigos y los míos han querido que sea yo quien tenga el honor de ofreceros este cordial homenaje. Error tal vez, porque no habiendo sido vuestro colaborador íntimo, sólo puedo adivinar desde afuera todo lo que hay en vuestra obra de bondad superior, de fidelidad a los principios y los hombres, de sutileza, fuerza, resolución y energía; y nunca podrá tener mi palabra el calor y el entusiasmo fraternal que merece vuestro noble carácter y vuestra obra excepcional dentro de nuestra historia, y desbordante de promesas para el porvenir. Los hechos hablarán por mí.

Hay algo desde luego que nadie podrá negar porque es la luz que deslumbra y la evidencia que fuerza las convicciones; que vuestra presidencia es una de las más transcendentales y de

las más ricas en acontecimientos decisivos para nuestra vida interior y para nuestras relaciones con la América y el mundo. Jamás sucesos más graves pusieron a prueba la sagacidad de nuestros gobernantes, habituados a los modestos problemas de la vida nacional.

Y en esta vorágine de sucesos que se atropellan sin cesar y cabalgan los unos sobre los otros, habéis sabido guardar una serenidad y una firmeza de apostura que os hace el más grande honor y reconocerán hasta vuestros enemigos. Comentemos algunos de estos sucesos.

Desde luego el colegiado, la más vasta crísis ideológica de nuestra historia. El colegiado será un error — será una verdad luminosa — será lo que es quiera; pero es sin duda una cosa grande y bella, porque ha removido la conciencia nacional hasta sus últimas profundidades y ha suscitado polémicas sin ejemplo en nuestro medio.

Qué fuerza en el ataque del adversario! Qué constancia indomable! Qué resistencia férrea, que riqueza de recursos, que violencia en la palabra, que brutalidad en el ultraje!

Y no eran solamente frases, vanos espasmos de espíritus en epilepsia. Los hombres se ponían enfrente del colegiado con todos sus bienes, con todas sus esperanzas, con todo su poder, con

toda su vida. Arrojaban todo, como en una hoguera, en la gran batalla por las ideas!

Y en la defensa! Con que bravura se oponían al torrente, con que valentía de expresión, con que recursos dialécticos, con que resolución y que arte terrible se rechazaban todas las acusaciones, todos los prejuicios, todos los avances del adversario, ébrio de ira, en las intimidades de la conciencia; con que arrogancia valerosa se vestían como de una insignia, de las invectivas que un adversario eficaz lanzaba sobre los colegialistas, los que al fin y al cabo no eran más que pensadores generosos, prisioneros de una idea, pero que marchaban al porvenir con la obsesión de la patria en los ojos y en los labios!

Qué magnífica lucha del pensamiento!

¿Hay otra igual en toda nuestra historia, más alta y más honrosa para esta raza que parecía sólo capaz de hazañas legendarias?

Qué gobierno presidió jamás una lucha en que hubieran llegado tan alto la inteligencia y la conciencia humanas?

Toda el alma uruguaya, en su infinita complegidad, se revela en esta crísis inmensa, que tiene su solución decisiva en la jornada épica del 30 de Julio.

Yo no sé lo que pensarán los otros sobre

esta lucha y este día. Yo de mí sé decir que no cambiaría por nada esta batalla aún con la derrota, porque es la culminación y el triunfo del civismo uruguayo, grande e igualmente honroso para los dos partidos. Nuestra historia está llena de luchas violentas y de hombres que usurpan el sitio de las ideas; pero está huérfana de estas lides del pensamiento en que como dirían los romanos, no hay espadas ni lanzas ni escudos y en que sólo las togas y las plumas tienen la palabra.

Que hicísteis vos entonces, vos que estábais al lado de los grandes iniciadores y habíais venido al gobierno para defender la gran causa que era ya la de vuestro partido?

Hicistéis algo que es el más grande de los títulos para un gobierno democrático, porque es el respeto de las leyes y la sumisión a la voluntad del pueblo: perdísteis la elección.

Y qué significaba esta derrota? Comprometía la gran obra y casi el objetivo primordial de vuestro gobierno, venido para presidir la victoria del colegialismo. Era el fracaso resonante de vuestra acción política, un fracaso que comprometía singularmente al gran partido que es el vuestro.

Y ¿cómo respondísteis vos a los desiderata que ponía angustiosamente esa hora funesta?

Os preguntastéis sin duda: por qué esta derrota de un partido que es sin contestación posible la mayoría del país? Es que sin duda nos hemos alejado del pueblo, fuente de toda vida en las democracias. Hemos pasado la medida en nuestros anhelos de perfeccionamiento y de reforma y hemos inquietado las fuerzas conservadoras de la República.

Y por un rasgo de humildad demócratica más grande que la humildad apostólica, invitásteis a vuestros adversarios de ayer a tomar la dirección de los negocios públicos. Y estos vinieron al poder sin vacilaciones y sin reparos; lo que hace el más grande honor a su espíritu republicano.

Fué inmensa y palpable la sensación de alivio que experimentó el país entero ante este rasgo de virtud democrática. Habíais ganado de un golpe el corazón del pueblo que os cubrió de aplausos y homenajes.

Esta conciliación no duró lo bastante para acallar todos los clamores y hacer cesar todas las querellas. Pero el país y el partido habían visto el abismo de cerca: la confianza volvió a todos los espíritus conturbados y a todos los intereses comprometidos. Las futuras batallas serían sin duda grandes victorias. La primera y magnífica fué la de 14 de Enero.

Pero quedaban en pié graves problemas y grandísimos peligros para el país y para el partido. La mayoría de la Constituyente pertenecía a nuestros adversarios y nos esperaba una Constitución tendenciosa que haría imposible el gobierno de los colorados

Quedaban en verdad en la Constituyente los riveristas que, colorados de cepa, cumplirían siempre con sus deberes partidarios; pero eran una pequeña minoría que sería ahogada a la primera protesta.

¿Qué sucedería si el partido colorado, desorientado por una Constitución imposible, perdía la cohesión, la fé y la armonía invencibles con los cuales ha podido derribar todos los obstáculos que un adversario audaz y de una tenacidad sin ejemplo, ha amontonado en su camino por tres cuartos de siglo?

He aquí las respuestas que daban muchos correligionarios, no todos, a esta interrogación inquietante.

«Perdería acaso el poder; pero esto no sería nada en otro país y en otro medio.

El poder se pierde y se gana en las democracias por la fuerza del voto, sin que el país se conmueva por lo que es un mero accidente de la vida política.

En nuestro país las cosas no serían tan sim-

ples. Nuestros partidos se hallaban y se hallan en una situación única en la América y en el mundo. Nacidos del personalismo, el sentimiento y la violencia más que de las ideas, guardan después de ochenta años, su apostura altiva de guerreros irreductibles, siempre dispuestos á lanzarse a las cuchillas. Una centuria de vida republicana no ha bastado a domar estas almas de bronce, baldón y orgullo de la raza.

Además el partido colorado, por su larga y fecunda actuación, ha llegado a ser un factor primordial de la vida uruguaya.

Ha hundido tan profundamente sus raíces en la nación, que sería obra dura y peligrosa desarraigarlo, cualquiera que fuese la acción de los hombres libres que lo dirigen, sinceros y nobles republicanos, entre los cuales no hay uno sólo que no esté siempre dispuesto a inclinarse ante el veredicto de las urnas. Sería hasta cierto punto, ya que se trata de una gran masa de hombres, — la mayoría del país, — que tiene en sus manos todas las fuerzas vivas de la República; sería hasta cierto punto, digo, conmover a la Nación en sus propias entrañas, herirlas en sus sentimientos, en sus ideas, en sus prejuicios, en sus pasiones, en sus apetitos, en sus sueños, en sus esperanzas; en todo el movimiento interior de su carne y de su vida.

¿Es esto posible? Debe serlo, sin duda, por honor de la República y podrá ser una realidad el día en que el Partido Colorado deje de ser un guía seguro para las aspiraciones nacionales; pero esto se obtendrá marchando a paso lento, por gradaciones ponderadas e insensibles, como se cambian los fanatismos de las multitudes rebeldes a la doctrina pura y sólo fieles a las pasiones y a los hombres. Quien quisiera hacerlo de un golpe, obedeciendo a movimientos fortuitos, pasajeros o falsos, sin que éstos respondieran al anhelo profundo y claro como la luz del día, preciso, contundente, irrefrenable de la Nación misma, correría a la catástrofe mayor de nuestra historia porque provocaría sin falta la crísis de nuestra vida libre y el fracaso definitivo de la nacionalidad uruguaya. Una serie de tormentas revolucionarias convertirían nuestra vida nacional en una vergüenza americana y nos retrotraería a las épocas ominosas en que no podemos pensar sin extremecernos.

Tal parecía ser la verdad dolorosa y, todo lo demás, sueños trágicos de hombres sin duda nobles y generosos, pero que no logran aprisionar la realidad o han olvidado la historia. »

Esos eran los pensamientos de la masa de nuestros correligionarios.

Éstos pensamientos no eran sin duda los

vuestros, pues los habría ahogado vuestra fé profunda en los destinos del partido; no eran tampoco, para algunos de nosotros, la verdad de la hora, sinó la opresión falaz de un pasado demasiado lejano y ya muerto; el partido colorado nuevo haría siempre honor a sus más puras tradiciones, en la victoria o en la derrota. Pero aquellas ideas estaban en el ambiente y llenaban de angustia a grandes corazones colorados; eran el ambiente mismo, un ambiente poblado de fantasmas y muy capaz de relajar o exaltar al exceso la fiebre colorada. Ante esos peligros y esas amenazas decidísteis intervenir. Y entonces vuestra personalidad se elevó a la altura de los sucesos.

¿Qué hacer? No podían abandonarse los acontecimientos a su gravitación natural porque entonces las furias de las masas de los dos partidos podían llevarnos a la guerra, es decir, a las montoneras anacrónicas, a las miserables luchas de las cuchillas que en cien años sólo nos han conducido a la humillación ante el mundo, al oprobio y la vergüenza.

¿Podíamos dejarnos arrastrar a tan odiosas extremidades?

No! De aquellos inmensos males debía salir el bien; de aquellos conflictos al parecer insolubles, debía salir la gran solución, la que asegura

a nuestra Patria una vida estable y firme, la que asegura a nuestros partidos, — por la Constitución misma, — las posiciones a que tienen legítimo derecho. Esta solución era de nuevo como será eternamente, la única, la inevitable solución de nuestros antagonismos casi seculares: la armonía, la conciliación, el sacrificio de todos en la Patria, la cooparticipación legal, fuera de la cual no hay sinó desastres.

Llamásteis al adversario que os oyó porque sin duda hablásteis con franqueza la lengua de la verdad y de los grandes intereses nacionales. Y el adversario levantando también muy alto su punto de mira, supo comprenderos.

De aquellas negociaciones históricas nació la nueva Constitución, código de libertad y de armonía que tendrá la más feliz influencia sobre el porvenir de nuestra patria, sobre todo después que el tiempo la haya depurado de sus inevitables defectos y cuando los partidos humanizados, hayan comprendido en el alma, sin hostilidades obscuras y propósitos secretos, que no hay para esta tierra, ni dicha, ni vida, ni esperanza fuera de la cooparticipación legal en la inmensa obra de construcción en que estamos empeñados.

Toca a vuestros adversarios cuando salgan de este círculo de pasiones inflamadas en que

vivimos los orientales, y se acerquen a la historia, decir lealmente la fuerza mental, la habilidad política, la destreza, la resolución y el patriotismo que demostrásteis en aquellos días memorables.

En cuanto a nosotros, sospechosos de parcialidad, sólo podemos y debemos decir que si entonces no salvásteis al partido colorado es porque el partido colorado no puede perderse nunca, tal es su vitalidad desbordante y su resistencia jamás quebrantada; pero aquel día fuísteis un gran colorado y ganásteis un puesto entre los hombres históricos del partido. Y trabajando por el partido, trabajásteis también por la patria a quien ahorrásteis días miserables. Ella tiene con vos una gran deuda que sólo podrá ser saldada por el porvenir, cuando se conozcan las intimidades de este proceso, acaso el más fino y sutil de estos tiempos. Entonces se sabrá por todos, lo que ya saben vuestros amigos: que este homenaje es digno de vuestros merecimientos.

Añadiré para que no se dén a mis palabras un espíritu sectario que no tienen, que al celebrar vuestra acción fecunda en aquel momento histórico, no quiero amenguar la gloria de los que os acompañaron en la gran jornada.

Batlle, que supo posponer los intereses a las ideas, demostrando así los altos e impersonales motivos que le guiaron en la reforma capital, a

a que entregó su vida y su esperanza; Batlle, sin cuyo sacrificio voluntario y generoso la Constitución no habría nacido y el caos nos envolvería ya en sus sombras siniestras; Brum, que empezó entonces a dibujar su joven y prestigiosa personalidad; Arena, Areco y otros más que no olvidarán nuestros anales.

En esta obra nacional más que partidaria, tan grande que es tal vez el principio de nuestra historia; en la creación de este libro primordial que es el código de la coparticipación, deben ser citados los adversarios, cuyo robusto buen sentido y clarovidencia patriótica contribuyeron a salvar la terrible situación, el doctor Martínez, el doctor Aguirre, el doctor Gallinal, el doctor Berro.

Y ahora comentemos otros hechos.

La gran guerra fué también un suceso de vuestro período presidencial. Esta guerra inmensa era la guerra del mundo contra el mal y contra la barbarie, la guerra de los pueblos libres contra los imperios opresores.

Todo hombre y todo pueblo debían tomar una actitud: o con los bárbaros o contra ellos. La indiferencia o la neutralidad real eran imposibles. Si callaban los gobiernos, hablaban los pueblos. Esta guerra ha sido una ruda prueba para los hombres de Estado; la reacción ante el gran

suceso los delataba sin remedio; los hundía ó los elevaba a alturas desconocidas.

La guerra lo ha creado todo y todo lo ha destruído. Ha derribado emperadores y ha creado dioses. Todos los que no tenían el secreto de la acción y la sensación casi dolorosa de los sucesos, han muerto. Que descansen en paz y no resuciten! Tal es la lógica brutal de la acción. Los que han triunfado que vivan para siempre: son hombres. Que la historia se descubra!

Nuestro país en su modesta esfera y sin llegar a la acción ha salido engrandecido de la prueba. Este pueblo inquieto que se bate por ideas; que amó siempre todas las cosas grandes y bellas, no podía quedar indiferente ante este duelo entre el espíritu nuevo y la barbarie de los siglos. Todos nosotros vivíamos en la indignación y la angustia. Aborrecíamos al triunfador feroz pero temíamos al porvenir obscuro. Triunfarán los unos? Triunfarán los nobles paladines de la libertad y el derecho? Quién podía saberlo? Y en la duda nuestro patriotismo ardiente sellaba nuestros labios y encadenaba nuestras manos. Callábamos cuando todas las ideas y los grandes sentimientos de que habíamos hecho el culto de nuestra vida, nos mandaban hablar!

Un día vino a sacudir nuestro quietismo un mensaje extraño de nuestro gobierno. Nos pedía

que declararamos fiesta nacional la gran fiesta francesa que celebra el derrumbe de la Bastilla y en que hora! Ardían los combates y la matanza desafiaba los más grandes horrores de la Historia: nadie sabía quien iba a ser el dueño del mundo.

Ese mensaje no debió venir dijimos todos y todos los partidos; pero puesto que ha venido sólo podemos votarlo a manos levantadas: hacer lo contrario sería traicionarnos a nosotros mismos. Y lo votamos con grandes inquietudes patrióticas, al menos la mayor parte de nosotros. Teníamos miedo? Yo no sabría decirlo sin temeridad; pero en todo caso no lo teníais vos ni lo tenía vuestro Ministro Brum, cuya acción se funde con la vuestra en toda esta negociación extraordinaria. Esa será siempre vuestra gloria. Es que teníais lo que nosotros, la gran mayoría al menos, no habríamos logrado alcanzar; la sensación justa y palpitante de los sucesos, la intuición del porvenir y la resolución férrea que es la marca de las fuertes convicciones. En esa hora magnífica para nuestra patria fuísteis hombre de Estado. La convicción profunda, la intuición matemática que es como el contacto de la realidad, la resolución rápida, centellante, el éxito: ese es todo el hombre de Estado. En aquel minuto histórico vos y todos los ciudadanos de los

dos partidos que compartían vuestras conviccio-nes estuvieron, sin duda, por encima del medio.

Las consecuencias de vuestra acción audaz fueron inmensas: la ruptura de relaciones con Alemania, la gratitud, el amor y la admiración de la Francia; la acogida generosa y cordial de la grandes potencias, además de Francia, Inglaterra, Estados Unidos e Italia; la elevación de nuestra nacionalidad a un rango de igualdad que no había alcanzado nunca, hecho lleno de extraordinarias consecuencias; nuestros conciudadanos honrados y respetados en los paises aliados como jamás lo fueron los hijos de estas tierras; el viaje triunfal del doctor Brum por todos los países de América; la admisión de nuestros delegados en la gran conferencia de la paz, en que se han de resolver los destinos del mundo. Tales son los hechos que han nacido de vuestra resolución de un minuto. El doctor Brum ha ganado la presidencia en esa hora de inspiración superior y la ha merecido.

En cuanto a vos el partido debe mirar a quien ha obtenido tan grandes triunfos como a uno de sus miembros predilectos, y el país y todos los partidos deben admiración leal y sincera al que supo utilizar el minuto psicológico indivisible y fugitivo, el minuto trágico que decide de los hombres y los pueblos; y gratitud calu-

rosa por la elevación del nombre uruguayo en el concepto de la América y del mundo; situación que ha cristalizado en esas brillantes embajadas que han venido del mundo entero a presenciar la trasmisión del mando, y la entrada de la República en sus nuevos destinos y sus nuevas esperanzas.

Otro aspecto de vuestro gobierno. Las sociedades modernas están abocadas a grandes peligros y grandes revoluciones. Qué quedará de estas sociedades dentro de un siglo? Nadie puede preverlo. La tiranía y la injusticia han reinado hasta ahora en el mundo, y los magnates han vivido del dolor de los miserables. Estos ignoraban que siendo el número son la fuerza incontrastable y soberana. Pero empiezan a saberlo y entreven que la democracia los llevará a todas las alturas. Debemos hacer votos porque los explotadores seculares no se despeñen de la cima. Y esto vendrá sin duda si la prudencia de los hombres de Estado, piadosos y clarovidentes, no previenen las reivindicaciones violentas por una serie de medidas justas y buenas, e impregnadas de simpatía humana, que acerquen los humildes a los potentados y les permitan una vida tolerable sobre esta tierra amiga que es de todos y que sólo ha sido para

ellos un lugar de opresión, de tortura y de destierro.

Vos, doctor Viera, os habéis preocupado como vuestros predecesores, de estos problemas angustiosos y habéis suscitado medidas paternales destinadas á preparar para el futuro la gran reconciliación humana en el seno de una sociedad mejor y superiormente organizada.

La jornada de ocho horas, las pensiones a los viejos, la ley de alimento a los trabajadores desocupados, el aumento de los pequeños sueldos, la ley que acuerda a los obreros de las empresas nacionales el 25 °/o de la ganancia líquida, idea luminosa en la cual está acaso el secreto de la armonía entre el patrón y el obrero; las leyes proyectadas de habitaciones obreras, etc., etc. — ¿qué son sino jalones en la ruta de la paz futura de los pueblos, que nos evite los horrores del bolchevikismo, el que sólo amenaza a las naciones incapaces de comprender que la hora de la gran justicia, de la piedad y del amor ha sonado en las jornadas de la Historia? Es Cristo que resucita después de la larga muerte que le ha impuesto la mentira humana.

Pero en esas leyes sociales no habéis ido jamás más allá de lo que consiente la hora actual en la ascensión de los tiempos, la que ha de ser gradual y rítmica si no quiere ir a todos los

desastres. Más allá está la tiranía de los de abajo más cruel y desenfrenada que la de arriba.

Cuando habéis sentido que las reivindicaciones obreras pasaban la medida y violaban derechos que deben ser sagrados en toda sociedad bien organizada, las habéis ahogado con firmeza. Os habéis puesto así en mi entender, en el justo medio. Respetar las etapas fatales y casi preestablecidas del progreso: tal es el primer deber del hombre de Estado. Defendéis las reivindicaciones de los trabajadores; pero defendéis también sin desfallecimientos, al capital: el porvenir no está en la demagogía ni en el despotismo del oro: está en la armonía del capital y el trabajo.

Queréis que se enriquezcan los industriales; pero queréis también que tengan aire y luz, pan é ideas los humildes obreros que serán mañana los dueños del mundo.

Y no soy yo sólo, sinó que el país entero, o al menos el elemento moderado y prudente, quien ha rendido homenaje a vuestra energía y a vuestro buen sentido.

En vuestra acción de equilibrio está el buen camino. El porvenir será una armonía o no será nada, ni siquiera el caos.

De vuestra gestión económica no diré nada porque carezco de competencia y porque no quiero alargar ya este fastidioso discurso. Sólo

diré que al dejar la presidencia podéis enorgulleceros de la virtud de que más se ufanaban los antiguos colorados: la pobreza. Añadiré que nuestras deudas han alcanzado cotizaciones nunca vistas, la propiedad precios extraordinarios y la riqueza y las finanzas nacionales se han engrosado en grandes proporciones.

Debo callar, forzado, sobre las otras e innumerables leyes en todos los dominios de la actividad nacional. Diré sólo que hay ahí una labor inmensa que honra singularmente vuestro gobierno, uno de los más activos que ha tenido la República. Habéis cumplido pues noblemente el deber primordial de todo hombre y todo gobierno: el trabajo.

Dos palabras y termino.

Hay gobiernos que son como ríos de agua mansa y suave pendiente que van á los abismos del mar sin saltos, sin espumas y sin estragos, suavemente, lánguidamente . . .

Quién guardará memoria de esas aguas que pasaron en silencio ?

Quién guardará memoria de esos gobiernos que se dejaron arrastrar dulcemente hacia los abismos de la historia ?

Hay otros que se yerguen como una roca ante los sucesos, y como pasa en los grandes ríos trágicos, los rompen, los desvían, los encau-

zan y los mandan haciéndolos servir al bien y al progreso de las sociedades.

El vuestro ha sido de estos últimos, si no estoy equivocado. Sucesos terribles han atravesado vuestro gobierno, pero no os dejásteis amás imponer por su violencia o por su furia: luchásteis, triunfásteis o caísteis vencido; nadie os podrá reprochar que fuísteis neutral o indiferente ante los grandes problemas nacionales.

Pero cumplir estos deberes es una cosa árdua y dura. Debísteis herir intereses, prejuicios, convicciones, sentimientos, pasiones, planes, esperanzas que no se han dejado aplastar sin protestas y sin violencias. Debísteis también y al contrario por la fuerza misma de los sucesos, servir ideales y esperanzas que os fueron propicios y os crearon gratitudes inextinguibles.

De este modo vuestros enemigos, aquellos cuyos planes habéis frustrado, os ultrajan y convierten en crímenes hasta vuestras propias virtudes. Desgraciadamente la historia está lejos. En cambio, vuestros amigos, los que han trabajado con vos en la íntima confidencia de vuestro pensamiento, los que han visto desenvolverse la red de vuestras ideas sutiles y saben de vuestras intenciones generosas, de vuestra fuerza, de vuestra resolucion, éstos os admiran, os aman y os siguen.

En fin los que como yo, están por encima de las pasiones y nada saben de vuestras miras secretas aunque están seguros de que serán siempre coloradas y patrióticas, en presencia de esta inmensa revolución ideológica, en presencia de este inmenso trabajo acumulado en cuatro años de una rara labor; en presencia de esos triunfos universales; en presencia de este amor, de esta devoción de vuestros amigos; en presencia de esas cóleras irreductibles de vuestros enemigos, yo no puedo menos que exclamar: ese hombre es álguien, es decir una personalidad, un director, un jefe. Y el partido colorado comparte este juicio que será el de la historia.

El partido colorado tenía ya un viejo y rudo jefe que nada podrá obscurecer. Tiene otro desde hace algunas semanas, joven y de alta inspiración.

En manos de estos tres hombres está la suerte del partido. Unidos como lo estarán siempre sin duda, pueden asegurarle las más grandes victorias — separados pueden, no perderlo — que nunca tres hombres podrán perder a un partido que ha sabido triunfar durante cien años, con sus grandes caudillos o sin ellos — pero sí retardar el gran día luminoso del triunfo definitivo e integral, más allá del cual desaparecerán para siempre estos odios y estas luchas que son toda

nuestra historia, y en que no habrá más que un partido: el partido de la patria fuerte y gloriosa, honra de América.

Hago votos, y cierro con esta frase de esperanza mi discurso, para que nuestros jefes ilustres comprendan y sientan las solemnes y terribles responsabilidades de esta hora que es la hora del partido, acaso de la patria. Y añado aún: que los girondinos del partido vuelvan al seno de la familia colorada. Juntos libraremos el gran combate en que los hombres harán lugar á las ideas y en que sólo recordaremos que somos los herederos de la inmortal Defensa; que venimos de la libertad y a la libertad marchamos con toda la fuerza de nuestro corazón y nuestro pensamiento.

Discurso del Jefe del Estado Mayor del Ejército General D. Julio Dufrechou

Señores:

He sido autorizado por el señor Presidente de la República, aquí presente, y por el señor Ministro de la Guerra, para hacer uso de la palabra, representando, en la actual circunstancia, a una de las primordiales instituciones del país: el Ejército.

Era necesario, por otra parte, que la clase militar tuviera un intérprete, en un acto como éste, donde se asocian armónicamente y ostentan una digna representación las fuerzas más vitales del país.

Esta demostración no es otra cosa que un tributo de reconocimiento, rendido con toda expontaneidad, al ciudadano que, hasta ayer, dirijía los destinos de la Nación; tributo que ha de constituír algo así como la consagración de

los merecimientos contraídos en las delicadas tareas del gobierno.

Ante el Ejército se destacará siempre el doctor Viera como un gran amigo, de perdurable recordación, acreedor a las más amplias exteriorizaciones de la simpatía.

Voy a fundamentar mis palabras. La más importante misión del Ejército, la de ser la garantía del orden y tutela del derecho, la del culto y respeto a las instituciones, aún en las horas más difíciles en que se gestara el código político que actualmente nos rije, han pasado triunfalmente por la prueba del fuego. Yo sé bien, señores, que tan claros preceptos los señala el honor militar, pero considero también que hay que decir aquí que el patriotismo y la alta autoridad del doctor Viera estuvieron siempre, resueltamente, al lado de esos grandes postulados militares y legítimos anhelos nacionales.

Los prestigios adquiridos por el Ejército durante su gobierno han puesto de manifiesto una vez más su importancia y su necesidad para salvaguardar los verdaderos intereses nacionales.

Era ya imprescindible atender á las necesidades de una clase en brazos de la cual reposan los intereses y destinos de un pueblo.

Fué entonces, que la Asamblea Nacional

orientada dentro de los propósitos acertados y plausibles del doctor Viera, comenzó á preocuparse por el mejoramiento material y moral de la institución armada; y se crearon leyes que, sin ninguna duda, constituyen un jalón de progreso y son una recompensa para las abnegaciones del soldado.

Pero, más que todo, el doctor Viera se merece de nosotros, los militares, una palabra de pláceme y un himno de congratulación por la firmeza y buen espíritu con que mantuvo la disciplina militar, sosteniendo a todos en su derecho, e infundiendo en el ánimo general el profundo convencimiento de que sin esa gran fuerza la institución armada es una muchedumbre amorfa, incapaz de responder, eficientemente, al más elemental de sus deberes.

La disciplina — se ha dicho y se sigue repitiendo hasta el cansancio — es el alma de un ejército. Luchar porque se mantenga incólume, y esforzarse por eliminar de él todo germen de disolución, es levantar la institución armada y colocarla en el plano más propicio para el logro de sus aspiraciones generosas.

Esta ha sido también la obra emprendida y realizada, ora neutralizando la acción subversiva de todo elemento interno pernicioso, ora triun-

fando de las grandes dificultades a que se oponen múltiples factores de resistencia, relacionados con las cuestiones sociales que hoy preocupan la atención del mundo.

No nos debe extrañar, por otra parte, ese marcado interés por el progreso de la clase militar demostrado por el Magistrado que acaba de abandonar los escaños del poder.

El atavismo, hoy, casi es considerado como una ley. El doctor Viera ha debido necesariamente seguir los impulsos que arrancan de la cuna, y escuchar el lenguaje con que habla la sangre que corre por nuestras arterias.

El ejército sabe aquilatar el mérito que encierran estas nobles simpatías y por intermedio mío, agradece la obra beneficiosa del doctor Viera tendiente al mejoramiento y organización de la clase militar.

Brindo, ahora, a la salud del ex-Presidente de la República y actual Presidente del Honorable Consejo de Administración, doctor Viera, para que sus predilecciones, hijas del feliz atavismo que ya he señalado, hallen también un abrigo en los nuevos mandatarios que regirán los destinos nacionales.

Por el Jefe Superior del Ejército el señor Presidente de la República, doctor Brum, en cuya

administración, talentos y varoniles esfuerzos, tiene el ejército cifradas esperanzas de legítimas aspiraciones.

Por los altos funcionarios del gobierno aquí presentes.

Señores: Por todos vosotros.

Discurso del Comandante

Don Antonio Müller dos Reis

Recapitulado y traducido á solicitud de la Comisión pró-homenaje al doctor don Feliciano Viera.

Excmo. Señor Presidente de la República, Excmo. Dr. Feliciano Viera; Excmos. Señores:

Cuando aquí llegué para tomar parte en esta fiesta, una respetable Comisión delegada del Comercio extranjero que adhirió a este homenaje, solicitó que fuese yo su intérprete, junto de Vuestra Excelencia, doctor Feliciano Viera.

No estando presente mi eminente jefe el Excmo. señor doctor Cyro de Azevedo, ilustrado Ministro del Brasil, para obtener de él, el necesario permiso, más teniendo la certeza de que S. E. no negaría esta autorización en vista del origen del convite y también del pensamiento de S. E. para con el Uruguay y el homenajeado,

con la debida venia de S. E. el señor Presidente de la República, vengo a cumplir el encargo que me fué conferido, para el cual, si me sobra sinceridad, me falta competencia.

La razón que justifica la presencia aquí de elementos extranjeros, de las finanzas, las industrias, el comercio y la navegación, halla su justificación en el deseo que tenemos de prestar al Magistrado que acaba de abandonar la alta y honrosa investidura de Presidente, y al que lo ha sucedido, un tributo de grandes respetos y estima.

Sólo y únicamente sólo como extranjeros, completamente agenos a las cuestiones de orden interno, para juzgar las cuales nos falta competencia y derecho, aquí estamos para agradecer con nuestra presencia, Excmo. señor doctor Feliciano Viera, las atenciones que dispensó á los diferentes elementos extraños al país, pero que aquí desarrollan sus actividades y que dentro de la ley y el respeto a la soberanía del Uruguay, cooperaron modestamente a su engrandecimiento.

Nuestros respectivos Ministros, los únicos autorizados para hablar en nombre de nuestras patrias, ya tributaron a V. E. los homenajes merecidos.

Si no bastasen las seguridades que fueron dadas á la propiedad de los extranjeros, durante el Gobierno de V. E. como ha sucedido y con-

tinuará sucediendo, tendríamos también que recordar la acción de V. E. en la política exterior.

Primero: resolviendo una neutralidad con humanos fundamentos y luego rompiendo las relaciones con el imperio alemán, asociando así al Uruguay glorioso, al grande trofeo que de victoria en victoria venció a los opresores, y aún haciendo arriar de las popas de los barcos alemanes la bandera roji-negra para sustituírla por la azul y blanca que dice del cielo luminoso de esta tierra y del alma pura de su pueblo.

Esta grande obra del Gobierno de V. E. a que nosotros extranjeros asistimos, se debe a la humanidad de V. E. y a la del doctor Baltasar Brum, que fué entonces vuestro digno colaborador, y sólo ella basta para justificar nuestra presencia en este homenaje cívico nacional.

Aceptad pues, Excmo. señor doctor Feliciano Viera, la salutación que por mi intermedio, os dirijen, conmigo, los extranjeros presentes y los votos que hacen por vuestra felicidad personal y de la grande Nación Uruguaya, aquí dignificada en la personalidad de vuestro sucesor en la Presidencia, el Excmo. doctor don Baltasar Brum.

Discurso

del Doctor Don Feliciano Viera

Gracias, señores, por esta hermosa fiesta que supera mis esperanzas y excede con mucho mis merecimientos.

Gracias, señores, por este gesto afectuoso, que basta para colmar las más grandes aspiraciones de un hombre, y me ofrenda dadivosamente, esta hora solemne, de amistad cordial y franca, como más no pudiera imaginarse.

Acepto esta demostración, hondamente emocionado. No se crea, sin embargo, que estoy envanecido con la obra que he realizado al frente del Gobierno de la República. Estoy satisfecho, si, de ella, pero no la considero como el fruto exclusivo de mi actuación personal, sino como la resultante harmónica, de los esfuerzos inteligentes y constantes de mis colaboradores.

Ahí está en primer término el doctor Brum, inteligencia robusta, voluntad fuerte, trabajador infatigable y compañero leal — de una hidalga

lealtad — que supo estar siempre a la altura del momento, cualquiera que él haya sido, y que por el conjunto sorprendente de sus características personales conquistó y mereció la Presidencia de la República.

Ahí está don Federico Vidiella, inteligencia práctica y observador sagaz, que llega a su Patria en momentos difíciles, porque la situación excepcional de la economía del Universo, no encontraba soluciones en las fórmulas de los libros, y se puso frente a todos los peligros, y afrontó todas las prédicas adversas, y en medio de ellos, resuelve nuestros problemas y sale airoso de una prueba tan exigente.

Ahí está Justino Jiménez de Aréchaga, uno de nuestros hombres jóvenes más sólidamente preparados, y a quién sus dotes excepcionales, le reservan sin duda un porvenir brillante, que nos estudió y resolvió los problemas más apremiantes de nuestra vida industrial.

Ahí está el doctor Pablo Varzi (hijo), que supo afrontar serenamente las mayores tempestades políticas, sin un desfallecimiento, trabajando infatigablemente, atendiendo las alarmas y denuncias de todos, sin omitir ni un esfuerzo para aclararlas y explicarlas.

Ahí está el doctor Gaye, inteligencia · a un tiempo mismo meticulosa y amplia, trabajador

metódico y modesto, sin cuya dedicación y sin cuyo apoyo no hubiera podido o me hubiera sido muy difícil reformar el ejército en la forma que acabáis de aplaudir.

Ahí está Santiago Rivas, sereno hombre de Estado, de carácter bien templado, de mentalidad equilibrada, que ha hecho obra silenciosa pero fecunda para el país, desde el Ministerio de Obras Públicas.

Ahí tenéis al Ministro Mezzera, joven personalidad de recia contextura mental, que doquiera que pasa deja marcada huella de su firmeza de carácter y de su inteligente y activa labor.

Y no hablo de aquellos otros Ministros, Cosio, Espalter, Amézaga, que aunque fueron durante año y medio el blanco de una oposición ardiente, respondieron con gallardía a la voz imperiosa del deber.

La eficacia de mis colaboradores, la afinidad de nuestros ideales, el vigor de nuestros entusiasmos, la honradez de nuestras intenciones, la franqueza de nuestros sentimientos, he ahí, señores, lo que explica la actividad de mi Gobierno, que como habéis dicho por el estilo galano del doctor Soca, no pudo ser la corriente apacible y mansa que marcha rumbo al mar como si no tuviera más que reflejar las cambiantes del cielo, sino que tuvo de tumulto y de torrente, sacudida

por los vientos tempestuosos de una democracia joven y fuerte que busca siempre la lucha, porque cuanto más avanza más campo necesita.

Y es por eso, — mis amigos, — que me siento feliz al declararos, en la intimidad de este momento, que he cumplido con mi deber y que me siento capaz e irresistiblemente inclinado a seguir cumpliéndolo en el futuro.

Ningún interés personal, ninguna vanidad, puede guiar mis actividades políticas. Si alguno de esos sentimientos pudo convulsionar mi espíritu y encaminar mis acciones, ya no podrían moverlas por cuanto he llegado a ocupar en mi vida política, todas las situaciones y dignidades: Jefe Político, diputado, senador y Presidente de aquel alto Cuerpo, durante todo mi mandato en él. Ministro de Batlle, que hacía de la Presidencia de la República el centro ideológico del Partido Colorado, Presidente de la República, más tarde, y Presidente ahora, del Consejo de Administración, está cerrada para mi la posibilidad de ser vencido por otros intereses, que no sean los intereses bien entendidos de la Patria.

Y es por eso, señores, que al integrar el Consejo Nacional de Administración, con el propósito honrado de servir al país, no he aspirado, ni un momento, a pesar incontrastablemente en sus decisiones, convencido como estoy, de que

es necesario respetar la independencia de cada Consejero, porque cada uno de ellos vale igual que cada uno de los otros, y porque es inconcebible y es absurdo, pensar que en sus deliberaciones pueda influir, soberanamente, la voluntad de un hombre o de un círculo, quién quiere que fuese.

Creo sinceramente que cuatro años de Gobierno, en un período duro, lleno de momentos difíciles, de angustias y zozobras, creo que mis desvelos por el país y por el partido, me otorgan el derecho legítimo de manifestar sinceramente mis opiniones, pero no pretendo por eso, — y nunca he sentido esa desviación de criterio, — imponer mi voluntad ni en las decisiones del uno, ni en las deliberaciones del otro.

En aquellas, como en éstas, acato y acataré las resoluciones libérrimas de sus mayorías, seguro de que estarán inspiradas, no por las pasiones de los círculos, sino por el estudio sereno de las necesidades del país. Esa es la única orientación de mi espíritu, y nada, — os lo aseguro, — será capaz de detenerla.

Habéis hablado de las iniciativas de mi Gobierno, tendientes a conquistar el mejoramiento de la clase obrera, clasificándolas, como jalones de la paz futura de los pueblos, capaces de obtener la harmonía del capital y del trabajo.

Creo que hay que continuar esa obra, perfeccionar sus instituciones, adaptarlas, momento a momento, a las exigencias del ambiente, salvaguardando los principios cardinales sobre los que reposa el derecho obrero, pero sin producir con ello ningún choque, ni ninguna violencia, que pueda ser considerada como un ataque al derecho legítimo, indudable, cierto y concreto del capital.

Permitir esto último, sería tan dañoso, tan injusto y tan inmoral, como abandonar en la miseria y en el desamparo al obrero, víctima de una máquina imperfecta, o de la exigencia de un taller que imponga este dilema: el cansancio, el agotamiento, la ruina física en una tarea excesiva, o el hambre del obrero y de su familia.

El país necesita para vivir tranquilo, el desahogo y comodidad de sus obreros, pero, conseguida, no a expensas de sus industrias, sino por el contrario, como la resultante de su vigoroso florecimiento, que aumenta la capacidad productora, favorece el intercambio, valoriza nuestras materias primas y contribuye eficazmente a consolidar su crédito y su prestigio económico y financiero.

Permitidme, señores, que me dirija ahora a la clase militar, que ha querido adherir a este

homenaje, por la voz autorizada del general Dufrechou.

En el transcurso de mi Gobierno he cumplido con uno de los más ardientes deseos de mi vida: propender al mejoramiento de nuestra institución armada, favoreciendo la evolución científica y técnica y afirmando — con seguridad y con justicia — el principio del orden, que es la base fundamental de la disciplina y del honor militar.

Las leyes últimamente dictadas, — y en cuya gestación he contado, — sería injusto no decirlo bien claro, — con el concurso inteligente del doctor Gaye, y de los generales Dufrechou y Ruprecht, satisfacen mis convicciones y la tendencia natural de mi espíritu, inclinado permanentemente a considerar el ejército, como una de las más sagradas instituciones, porque es la garantía del honor de la Nación.

Dejadme que os diga que me siento orgulloso de esa obra y de nuestro ejército, porque nuestros hombres de milicia por esfuerzo propio, se han alejado para siempre de los días sombríos de la conspiración, para vivir en la vida del respeto y del acatamiento a la Constitución y las leyes, que es la vida del honor militar; para vivir la vida de la disciplina rígida y serena que es el músculo, que es la fuerza, que

es el valor de los ejércitos y el secreto de su poderío.

Mis amigos: marchamos hacia el porvenir confiados en el triunfo; con la visión tranquila y serena del bien y del honor; con la decisión inquebrantable de respetarnos los unos a los otros, que es la base indestructible de una concordia amplia; cualesquiera que fueren nuestras opiniones, con la frente alta y el paso firme, y que nuestros corazones ritmen las notas triunfales del himno a la Patria.

Nómina de Adherentes al Banquete

Presidente de la República, doctor Baltasar Brum.

Consejero, doctor Francisco Soca.

Consejero, doctor Ricardo J. Areco.

Consejero, ingeniero Santiago Rivas.

Consejero, don Pedro Cosio.

Ministro de Hacienda, doctor Ricardo Vecino.

Ministro del Interior, doctor Javier Mendivil.

Ministro de Instrucción Pública, doctor Rodolfo Mezzera.

Ministro de Relaciones Exteriores, don Daniel Muñoz.

Ministro de Industrias, doctor Luis C. Caviglia.

Ministro de Obras Públicas, arquitecto Humberto Pittamiglio.

Intendente Municipal, don Eugenio Martínez Thedy.

Presidente del Senado, doctor José P. Espalter.

Presidente de la Cámara de Representantes, doctor Cesar Miranda.

Director de Enseñanza, doctor Juan Aguirre y González.

Presidente del Banco de la República, doctor Claudio Williman.

Presidente del Banco de Seguros, doctor Juan José Amézaga.

Presidente de la Cámara de Comercio, don Alfredo Labadíe.

Presidente de la Cámara de Comercio Italiana, don Alejandro Tálice.

Presidente de la Cámara de Comercio Británica C. W. Bayne.

Presidente de la Cámara de Comercio Brasilera, don Buenaventura R. de Azevedo.

Presidente de la Liga de Defensa Comercial, don Hector Trabucati.

Jefe del Estado Mayor del Ejército, general Julio Dufrechou.

Director General de Aduanas, don Enrique F. Areco.

Presidente de las Usinas Eléctricas del Estado, doctor Francisco Accinelli.

Fiscal de Corte, doctor Victoriano M. Martínez.

Don Pablo Minelli (de la firma Minelli, González y Cía.).

Camarista, doctor Teófilo Piñeyro.

Representante del Ferrocarril C. del Uruguay, don Alfredo Bocage.

Senador doctor Justino Jiménez de Arechaga.

Sub-secretario del Interior, doctor Pablo Varzi (hijo).

Sub-secretario de Hacienda, doctor Enrique Buero.

Director del « Lloyd Brasilero », Comandante Antonio Müller dos Reis.

Banquero, don Luis Gaminara.

Gerente del Banco Italo-Belga, don Willy Burhaus.

Director de la Asistencia Pública, doctor José Martirené.

Senador, ingeniero Alberto Canessa.

Banquero, don Carlos Anselmi.

Senador doctor Florencio Aragón y Etchart.

Senador doctor Francisco Simón.

General Domingo F. Ramasso.

General Juan A. Pintos.

General Begnino Carámbula.

Senador, doctor José Ramasso.

Doctor Asdrúbal Delgado.

General Gervasio Galarza.

General Sebastián Bouquet.

General Estanislao Mendoza y Durán.
General Victor Cantón.
General Coralio J. Enciso.
Senador don Manuel Stirling.
Contador de la Nación, don Enrique Givogre.
Don Juan Domingo Lanza.
Don Eduardo Gard y Sanjuan.
Don Antonio Piaggio.
Don Gustavo Deffés.
Don Isaías Ximénez.
Don Luciano M. Potenze.
Doctor Antonio María Rodríguez.
Don Senén M. Rodríguez.
Don Luis Bado.
Subsecretario de Industrias, don Carlos Mandillo.
Subsecretario de Instrucción Pública, doctor Manuel Machado.
Senador don Román Freire.
Jefe Político, don Virgilio Sampognaro.
Senador don Julio Abellá y Escobar.
Don Esteban Elena.
Don Hipólito García.
Subsecretario de Guerra y Marina, doctor Arturo Gaye.
Doctor Toribio Vidal Belo.
Doctor Diego Capella y Pons.
Doctor Damián Vivas Cerantes.

Doctor Gerardo Arrizabalaga.
Doctor Francisco Fernández Enciso.
Doctor Félix A. Olivera.
Doctor Alfredo Costa Gutierrez.
Don Horacio Jiménez de Aréchaga.
Doctor Antonio S. Viana.
Doctor José Repetto.
Doctor Víctor Stewart.
Doctor Francisco Torres Insargarat.
Doctor José V. Carvallido.
Don Washington Paullier.
Doctor Ricardo Espalter.
Doctor Justo F. González.
Doctor Ernesto Capella y Pons.
Doctor Luis M. Otero.
Doctor Eduardo Jiménez de Aréchaga.
Don Pablo Maria Minelli.
Doctor Carlos Nery.
Doctor Raúl Jude.
Doctor Raúl E. Baetghen.
Doctor Juan B. Schiaffino.
Doctor José Foladori.
Doctor Arturo S. Gandolfo.
Doctor Miguel Becerro de Bengoa.
Doctor José F. Arias.
Arquitecto Antonio Vazquez.
Doctor Eduardo Bastos.
Doctor Julio Moreau.

Doctor Angel Colombo.
Doctor Roberto Rivas Costa.
Doctor Serafín Ledesma.
Don Agustín Gaggero.
Doctor César Goldaracena.
Doctor Manuel Pacheco.
Doctor Andrés J. Chiozza.
Doctor José Salgado.
Doctor Enrique A. Cornú.
Doctor Carlos M. Sorín.
Doctor Ignacio Coello.
Doctor Servando Mier Velázquez.
Doctor Federico Susviela Guarch.
Doctor Daniel Martínez Vigil.
Ingeniero Víctor Benavidez.
Ingeniero Leopoldo Peluffo.
Ingeniero Bernardo Kayel.
Ingeniero Juan T. Smith.
Doctor Rafael Muñoz Ximénez.
Doctor José May.
Ingeniero Raúl Pittaluga.
Ingeniero Félix Bruno.
Ingeniero Armando Regusci.
Ingeniero Francisco Secco Ellauri.
Ingeniero Roberto Sumberg.
Ingeniero Roberto Acosta.
Ingeniero Axel Sumberg.
Doctor Silvio E. Retta.

Doctor Carlos Anselmi.
Doctor Francisco R. Rubertoni.
Doctor Juan B. Bado.
Doctor Jaime H. Oliver.
Doctor Fernando Giribaldi.
Coronel Zenón de Tezanos.
Coronel Pedro Vázquez.
Coronel José M. Vila.
Coronel Faustino Laguardia.
Coronel Cosme Laviano.
Coronel Héctor Santos.
Coronel Cándido Acuña.
Coronel Saturnino E. Calo.
Coronel Eduardo da Costa.
Coronel Celedonio Varela.
Coronel Pedro Ríos Olivera.
Coronel Domingo Mendivil.
Coronel Valentín Arismendi.
Coronel Jaime F. Bravo.
Coronel Tomás de la Fuente.
Coronel Julio César Martínez.
Coronel Vicente Grau.
Coronel José Urrutia.
Coronel Leopoldo Muró.
Coronel Eduardo Villagrán.
Coronel Eduardo Flores.
Coronel Isaac López Castillo.
Coronel Juan A. Medina.

Coronel Telémaco Braida.
Coronel José González.
Coronel José Pedro Carbonell y Vives.
Coronel Angel Farías.
Coronel Guillermo Klinger.
Coronel Roberto Rodríguez.
Coronel José Calleriza.
Coronel Diego Sacías.
Coronel Luis Fabregat.
Coronel Luis Dentone.
Don Diego Pons.
Dòn Vicente Oxilia.
Don Miguel Zamacoits.
Don Arturo Brizuela.
Don Carlos F. Ameglio.
Don Venancio Flores.
Don Horacio de Tezanos.
Don José León Ellauri.
Don José Badi.
Doctor Ramón Mora Magariños.
Coronel Juan Dominelli.
Comandante Carlos Dufrechou.
Comandante Casciano García.
Comandante Bartolomé Herrera.
Comandante José E. Chaves.
Coronel Guillermo Lyons.
Don Carlos Albín.
Don Benjamín S. Viana.

Don Hector Gerona.
Don Alberto Areco.
Don Hector Villagrán Bustamante.
Don Alberto Salvagno.
Don Pablo Ricci.
Don Alberto Smith.
Don José P. Hernández.
Don Enrique Fleurquin.
Don Germán R. Spangenber.
Don Roberto Pietracaprina.
Don Luis Labadie.
Doctor Juan M. Minelli.
Don Carlos More Franco.
Don A. Nebel Ellauri.
Don Abelardo Roldán.
Don Agustín P. Gallo.
Don Rafael Gutierrez.
Don Alberto González.
Don Gerónimo Cancela.
Señores Salvo, Campomar y Cía.
Arquitecto Juan M. Aubriot.
Coronel Ernesto Escobar.
Comandante Alberto Cuestas.
Comandante José C. Merino.
Don Pedro P. Rodríguez.
Don José de Brum.
Comandante Horacio Mendoza.
Comandante Juan Otto.

Comandante Santiago Acuña.
Comadante Felipe Linares.
Don Lorenzo Salvo.
Don Juan Ramasso.
Don Carlos A. Carve.
Don Luis Puppo.
Don Francisco Ameglio.
Don Antonio Llambías de Olivar.
Don Carlos M. Carve.
Mayor Ulises Monegal.
Don Rodolfo López.
Don Pedro Lapeyre (hijo).
Don Juan José Belo.
Don Alberto Cuñarro.
Don Julio Martínez Lamas.
Don Amadeo Almada.
Doctor Victor Pérez Petit.
Don Alfredo Belo Herrera.
Capitán Francisco Eyras.
Don Leopoldo de León.
Don Lauro Brum.
Don Juan Samacoits.
Don José Machado.
Fábrica Nacional de Papel.
Don Tomás S. Sheppard.
Don Felipe Schelotto.
Capitán Arturo Gomeza.
Capitán Rafael Pérez.

Capitán José F. Gutierrez.
Capitán Domingo E. Iriart.
Capitán Pedro A. Galarza.
Capitán Florencio Larrosa.
Don Leonardo Secades y Cases.
Don Anibal Semblat.
Don Eduardo Martínez García.
Don Octafilio Brum.
Don Gerardo Fernández.
Don Alfeo Brum.
Capitán José B. Madrazzo.
Comandante Camilo Techera.
Teniente Alberto Ferrari.
Mayor Jacinto Cruz.
Don Juan Pradelles.
Don Rafael Mieres.
Don Lorenzo Abelenda.
Don Manuel Mendizabal.
Don Juan B. Servente.
Don Oscar A. Domenech.
Don Alberto Fossemale.
Don Augusto Romero Mello.
Don Alfredo Samonatti.
Capitán Bonifacio Pereyra.
Capitán Juan J. Durán.
Capitán Eugenio Iztueta.
Capitán Carlos P. Usher.
Mayor Juan Sabaté.

Doctor Pedro F. Alburquerque.
Don José A. Casalia.
Don José Cerruti (hijo).
Don Felipe M. Aguiar.
Don Benjamín Charlone.
Teniente Damacio Carvallo.
Don Juan Pedro Martínez.
Mayor Irineo Ayala.
Capitán Gualberto Bolani.
Doctor Juan J. Gomensoro.
Don Ramón Pérez Moré.
Don Antonio Pan.
Don Luis Reyes y Carvallo.
Teniente Concepción Barboza.
Teniente Luciano Olivera.
Capitán Manuel Martínez.
Capitán Abdón S. Silveira.
Don Pablo Fontaina.
Don Julio M. Mangino.
Don Eduardo Caballero.
Don Francisco Cammarano.
Doctor Luis E. Bonet.
Don Carlos del Castillo.
Don Hugo A. Surraco Cantera.
Don Luis Chiozza.
Don Gregorio J. Romay.
Don Mateo Magariños Solsona.
Agrimensor Gualberto de Medina.

Don Alberto Sanguinetti Friere.
Don Juan Carlos Muñoz.
Teniente Coronel Dalmiro Bardas.
Coronel Féliz Laborde.
Don Conrado Cornú.
Capitán de fragata Arnoldo A. Conforte.
Don Teodoro B. Lezama.
Don Ramón T. Sóñora.
Don Mateo Magariños Veira.
Don Fermín Suárez.
Don Enrique Pittaluga.
Don Benito Pascual.
Don Luis Puig.
Don Miguel V. Martínez.
Coronel Serafín M. Borges.
Don Lauro A. Olivera.
Coronel Pedro Carbonell y Vives.
Don Isidoro Canesa.
Don Fernando Darnaud.
Don Ernesto J. Felippone.
Don Enrique Piqué.
Don Genaro Gilbert.
Don Juan Escabini.
Capitán de Corbeta, Ruperto Elicheribehet.
Don Ramón Vazquez.
Don Ernesto Ugarteche.
Don Angel G. Costa.
Don Julio Mourigán.

Don Solano A. Riestra.
Don Nicolás Revello.
Teniente Coronel José Luciano Martínez.
Don Sitjar Sureda.
Don Francisco Eregoitia.
Don Pedro E. Magnou.
Don Martín Pratto.
Doctor Arturo Miranda.
Don José G. Antuña.
Don Leopoldo Puig Ibarra.
Don Julio S. Beltrán.
Don Ventura Enciso.
Don José Pérez Elizaldi.
Don Luis Sobredo,
Don Juan A. Capurro.
Don Juan A. Gómez Folle.
Doctor Abel Zamora.
Don Alberto Greenshields.
Teniente Cesáreo Berisso.
Don Joaquín D. Fajardo.
Don Juan J. Santoro.
Don Ricardo A. Ruiz.
Teniente Coronel Carlos A. Revuelta.
Mayor Pedro Estevez.
Don Wáshington Peñalba Sierra.
Don Juan Pivel.
Don Américo Paganini.
Don Aurelio Surra Santini.

Don José González Soto.
Don Luis Varela Azevedo.
Teniente Manuel Alvarez.
Alferez Armando T. Nacimiento.
Alférez Julio Varela Moraes.
Teniente Hector Acosta.
Don Nicolás Sciandro.
Don Alfonso Bazet.
Don Ignacio Torres González.
Don Juan A. Romeu.
Don Juan C. Perichón.
Don Diego de los Campos.
Don Gustavo A. Schoeder.
Don Ramiro Jouan.
Don Juan M. Canossa.
Capitán de fragata Tomás Rodríguez Luis.
Don Daniel Herrera y Thode.
Don Enrique Magariños Donelly.
Don Fernando Nebel.
Don José M. de la Vega.
Don Juan Rodríguez.
Don Gabriel Retamoso.
Don Oscar Defféminis.
Don Juan Cavajani.
Don Juan Montestruc.
Don Nicolás Barlocco.
Don Recaredo de la Sota.
Don Alberto Flangini.

Don José Moreno Nieto.
Don Julio N. Moyano.
Don Alberto Lacordelle.
Don Bartolo F. Sanguinetti.
Don Camilo Magariños.
Don Alfredo Beunza.
Don Domingo Lardino.
Don Emilio Busch.
Don Roberto S. Garino.
Don Carlos Rodríguez.
Don Guillermo Batte.
Don José Rovira.
Mayor Atilio M. Moreno.
Teniente Francisco Airaldi.
Don Antonio M. Carvallido.
Don Pedro A. Staricco.
Don Carlos Riviére Podestá.
Don Joaquín Ferreira Acevedo.
Don Federico Ugarteche.
Don Eduardo Vázquez.
Don Abel Costemalle.
Don Agustín Carlevaro.
Don Pablo P. Carlevaro.
Don Saturnino Cortesi.
Don Marcos L. Preve.
Don José Virginio Díaz.
Don Carlos Bica.
Don Ramón B. Negro.

Don Inocencio Puccio.
Don Antonio F. Braga.
Don Abelardo Rey O'Shanahan.
Don Lázaro Grolero.
Don Alberto J. Brignole.
Don Pedro Riva Zuchelli.
Don Santos Icasuriaga.
Doctor Pedro Seoane.
Don T. F. Lane.
Doctor Daniel Blanco Acevedo.
Doctor Pedro Duprat.
Doctor Juan Delger.
Don Angel Gaminara.
Don Juan A. Márquez.
Don Máximo Belinzon.
Don Eugenio Winterhalter.
Agrimensor Mario Moreau.
Ingeniero Donato Gaminara.
Arquitecto Carlos Pérez Montero.
Doctor Severo D. Rodríguez.
Don Marcelino Allende.
Coronel Eduardo B. Sarmiento.
Don Manuel M. Sánchez.
Doctor Edmundo Castillo.
Don Alberto Domínguez Cámpora.
Don Federico Paullier.
Don Carlos Astone.
Don Juan Cavajani.

Don Eduardo Fernández.
Don Edmundo del Castillo.
Don Leo L. Daly.
Capitán de fragata Juan Ortiz.
Don César Canessa.
Don Visconti Romano.
Don José Saravia.
Don Alfredo M. Ferraro.
Don Germán da Costa.
Mayor Alberto Cortesi.
Don Manuel Rodríguez.
Don Atalo Lanza.
Ingeniero José P. Praderi.
Don Leopoldo Hughes.
Don Enrique Claveaux.
Don Mario Zufriateguy.
Mayor Agustín Parodi.
Don Luis Guillot.
Don Cándido Ferreira Netto.
Don Manuel de La Bandera.
Don Arturo Manini.
Don Pedro Facio.
Don B. W. Amen May.
Don J. J. Jacoby.
Don Rafael Daneri.
Don Andrés Devoto.
Don José Bove.
Don Marcelino Izquierdo.

Don Santiago Garavagno.
Doctor José M. Fernández Saldaña
Don Roberto Mibelli.
Western Electric Company.
Don Hermán C. Mitchell.
Compañía Industrial de Electricidad.
Don Juan Carosio.
The Unided Stel Products Company.
Don Hugh B. Tabor.

ADHESIONES POR CARTAS Y TELEGRAMAS

Montevideo, Marzo 29 de 1919.

Señor doctor don Feliciano Viera.

Muy distinguido amigo:

Mientras los que han seguido y observado de cerca la acción gubernativa de Vd., creen justo tributarle su aplauso consagratorio, en el homenaje de esta noche, yo, que he vivido por algunos años fuera del país, sin vinculaciones efectivas dentro de nuestra política, me permito

adherirme decididamente a ese homenaje, convencido de que los amplios y patrióticos propósitos que a Vd. le animan. como norma de acción futura, en su alta colaboración administrativa y política, — y que he tenido oportunidad de conocer, — merecen y deben recibir el apoyo de la opinión pública.

Con tal motivo, ruégole acepte los saludos y felicitaciones de su afmo. amigo S. S.

Antonio Bachini.

Buenos Aires.

Doctor Juan Aguirre y González.

Asuntos carácter privado obligáronme a trasladarme a ésta, impidiéndome asistir demostración a doctor Viera, manifiesto mi decidida adhesión homenaje que se tributa distinguido ciudadano que tanto hizo como mandatario por el progreso y el bienestar de la institución armada, ruego al amigo quiera ser intérprete de estos sentimientos unido a mis calurosos saludos.

General Ruprecht.

Estimado doctor:

Obligado por razones de salud, desde mucho tiempo, a abstenerme de fiestas de la índole de la que se le ofrece hoy, a lo que se agrega el grave estado de una persona de mi familia, me complazco sin embargo en adherirme al homenaje a que se ha hecho acreedor por su actuación patriótica.

Con su mayor consideración salúdalo, su affmo.

Dr. Augusto Turenne.

Melo.

Doctor Juan Aguirre y González.

Adhiérome con toda simpatía homenaje al dignísimo ciudadano doctor Feliciano Viera, a quien la patria, ejército en particular, deben señalados servicios lamentando que causas ajenas a mi voluntad impídenme hacer acto de presencia en tan solemne acto, saludo afectuosamente.

Manuel Penco.

Doctor Feliciano Viera.

Imposibilitado de concurrir me adhiero complacido a demostración. Salúdalo afectuosamente.

Hilario Helguera (hijo).

Manuel Carlos Tiscornia se adhiere al justiciero homenaje á tributársele al gran amigo del ejército; lamentando que circunstancias de carácter imprevisto le priven de la satisfacción de acompañarlo en este día.

Coronel Graduado Luis Simois, saluda muy atentamente al señor Presidente de la Comisión de Homenaje y le hace saber que lamenta sinceramente no poder asistir al banquete que en honor al doctor don Feliciano Viera, tiene lugar en el día de hoy.

A la vez manifiéstale que esta inasistencia se debe a causas completamente ajenas a su voluntad, pues habiendo llegado de campaña recientemente, de inmediato mandó en busca de la tarjeta correspondiente, encontrando ya cerrado el registro, causa ésta que, como expresa, le impide tener

el honor de concurrir al merecido homenaje que se tributa al distinguido hombre público, ciudadano, doctor Feliciano Viera.

San José.

Doctor Feliciano Viera.

En ocasión del homenaje que el partido le tributa por la eficacia de los servicios prestados al país desde la Presidencia de la República, me complazco en reiterarle mis felicitaciones por el éxito de aquella gestión.

Salúdalo atentamente.

Lorenzo Vicens Thievent.

ENVIARON TELEGRAMAS Y TARJETAS

Doctor Esteban J. Toscano.
Doctor Alberto Gard y Sanjuan.
Doctor Arturo S. Gandolfo.
Doctor Jenaro Puglia.
Doctor Pedro Figari.

Doctor Francisco Giampietro.
Doctor Máximo Halty.
Don Federico Paullier.
Don Gabriel Retamoso.
Don Hermenegildo Sábat.
Don Florencio Rivas.
Don Armando D. Bidart.
Don José S. Uranga.
Don Pedro Lázaro Beltrame.
Don Oscar Magariños.
Don Eduardo Fernández Echenique.
Don Julio Martínez.
Don Carlos A. Penino.
Don Rafael Firpo.
Don Antonio Vieytes.
Don Ramón M. Curbelo.
Comité Departamental de Cerro Largo.
Club «Marcos Viera», 10.ª Sección.